de Mercœur, del príncipe Alberto Enrique de Ligne, de Madama Enriqueta Francisca de Francia, reina de Inglaterra; de los príncipes de Longueville, del mariscal de Ancre, de la señorita de Guissa, del conde Egmond, de Luis duque de Orleans hermano de Cárlos VI, de Cárlos VII, del rey Renato, de Luis XI, de Enrique II, de Cárlos IX, de la reina María de Médicis, de Luis XIII, de Ana de Austria, de Luis XIV, &c.

Muchos de estos grandes personajes no contentos con dejar ricos dones á Nuestra Señora de Liesse, colocaron allí su estátua; la de Luis II de Borbon, príncipe de Condé, era de oro.

María de Arquin, entonces gran mariscala de Polonia, y que despues fué reina de este país, vino á la capilla de Nuestra Señora en el año 1671, y presentó á la Vírgen un niño de plata representando al príncipe Alejandro Sobieski, su hijo, con una cadena de oro guarnecida de diamantes, para manifestar que lo consagraba á la Vírgen como esclavo suyo (1).

Este santuario, lo mismo que los demas de la Francia, fué saqueado por los hugonotes, y la revolucion se apoderó de lo que habia quedado.

La capilla de Nuestra Señora de Liesse, á pesar de la incredulidad de los tiempos, atrae aun un gran concurso de gentes y de peregrinos.

En la leyenda de San Lijardo de Meung, que vivia en 550, se hace mencion del pueblo de Clery y de un oratorio que allí habia dedicado á la Madre de Dios. En 1280, unos labradores colocaron en él una estátua que habian encontrado bajo del sulco que deja el arado. Este descubrimiento hizo mucho ruido y llamó la atencion de los mas ilustres señores de aquella época. Entre ellos Simon de Melun, un poderoso baron que habia acompañado á San Luis á la Africa, y á quien Felipe el Bello elevó á la dignidad de mariscal de Francia, formó el designio de erigirle una colegiata; la muerte que gloriosamente recibió en el sitio de Courtray le impidió llevar á cabo este piadoso designio que su viuda é hijo se creyeron en el deber de ejecutar. Despues de sus victorias en Flandes, Felipe el Bello, que tantas pruebas habia recibido de la proteccion de María, se admiró de la multitud de fieles que se reunian en Nuestra Señora de Clery; él aumentó el número de canónigos y resolvió reconstituir la iglesia; pero la muerte que viene á interponerse para frustrar tantos proyectos, no le dejó sino el mérito de la intencion. Sin embargo, la iglesia fué comenzada bajo su reinado y continuada gracias á la munifecencia de su tercer hijo, Cárlos duque de Orleans. Felipe de Valois, aquel noble príncipe que decia á sus soldados en país conquistado: *¡respetad las iglesias!* hizo concluir la de Nuestra Señora, que durante el sitio de Orleans habia sido saqueada por el inglés Salisbury. Luis XI, que hacia remendar sus vestidos para usarlos hasta que estuviesen inservibles, pero que cuando queria sabia representar dignamente su carácter de rey, hizo construir la iglesia de Clery, la dotó con 2,330 escudos de oro, y la adjudicó otras varias rentas, y erigiéndola en capilla real, dotó ricamente á sus canónigos.

Este monumento, objeto de tantos gastos y de tantos cuidados, fué destruido por un incendio en 1472, cuando precisamente acababa de ponerse el techo. *El fuego redujo todo á cenizas*, dice la crónica de Luis XI; pero la iglesia fué reconstruida de nuevo bajo la inspeccion del secretario del rey.

Habiendo Luis XI recobrado la salud en Clery, y atribuyendo su restablecimiento á la Vírgen, enriqueció su colegiata con nuevos dones y mandó construir allí su sepulcro. "Varias veces se metió en él, dice uno de sus historiadores, para ver si el lugar era ajustado y bien proporcionado para recibirlo despues de muerto." Segun su deseo fué enterrado él, y su mujer Carlota de Saboya fué colocada á su lado algun tiempo despues.

Los calvinistas que respetaban tanto los sepulcros de los reyes como los altares de los santos, rompieron la estátua de Luis XI y violaron su tumba real para saquearla. Este sepulcro, reedificado por Luis XIII, fue de nuevo mutilado en la revolucion y otra vez restablecido por Luis XVIII. La devocion á la Vírgen, reina siempre con el mayor fervor en la antigua iglesia de Luis XI.

La romeria de Nuestra Señora de la Espina, cerca de Chalons sobre el Marne, comenzó á principios del siglo XV. El año de 1419, la víspera de la fiesta de la Anunciacion, dos jóvenes pastores que conducian sus rebaños por el lado de una pequeña iglesia dedicada á San Juan Bautista, percibieron una luz brillante en medio de un cercado de espinas. Las ovejas que iban delante huyeron espantadas, pero los tiernos corderitos se aprocsimaron sin temor al matorral; los pastores siguieron su ejemple y descubrieron una pequeña estátua de la Vírgen Santísima, teniendo en sus brazos al divino niño. Habiéndose aumentado al caer la noche aquella luz milagrosa, acudieron de todas partes á verla, y como el lugar en que se efectuaba este prodigio era muy elevado, se pudo hacer constar en diez leguas en contorno. El obispo de Châlons á la cabeza de su cabildo y varios curas de las aldeas vecinas vinieron en procesion á aquel sitio, y encontraron el matorral tan verde como si fuese el estio; sacaron la estátua de la Madona y la trasportaron á la pequeña capilla de San Juan Bautista que se hallaba á corta distancia de allí.

Este prodigio atrajo á todos los habitantes de Champaña á esta capilla que no tardó mucho tiempo en ser objeto de una piadosa peregrinacion. Con las ofrendas de los peregrinos construyóse una soberbia iglesia por los diseños y bajo la direccion de un arquitecto irlandes, cuyo trabajo se siguió con perseverancia: no obstante las guerras de los ingleses, los habitantes empobrecidos y saqueados como estaban, no dejaban por eso de ir hasta el fondo de la Lorena, á buscar piedras para su construccion. Cárlos VII dió nuevo impulso á estos trabajos remitiendo para ellos una suma considerable. La construccion duró un siglo, durante el cual el fervor se sostuvo á despecho de las guerras, de la peste negra, de la hambre, en fin, de todas las plagas que afligieron á los habitantes, de las cuales la peor ciertamente era la de los ingleses. Las ciudades de Chalons y de Verdun quisieron contribuir al ornato de esta iglesia que debia perpetuar el recuerdo del matorral milagroso. La una le dió magníficos vidrios pintados que representaban la historia del milagro, y la otra sonoras y elegantes campanas; las liberalidades de los fieles grandes y pequeños, ricos y pobres, hicieron lo que faltaba.

1 Ibid.

Durante las guerras de religion, los protestantes ingleses dueños de una gran parte de la Champaña, habian oido hablar de las grandes riquezas que contenia la iglesia de Nuestra Señora de la Espina, y concibieron el proyecto de saquearla y destruirla; pero el señor de la Espina con noble resolucion y fé sincera hizo rodear la hermosa iglesia de empalizadas, y poniéndose al frente de un puñado de jóvenes reunidos por el patriotismo y la devocion de María, logró rechazar al enemigo y salvar el altar de la Madona. Obligados á batirse en retirada los ingleses obraron como vándalos, haciendo una última descarga sobre los vidrios, de los cuales rompieron la mayor parte. Sin embargo, como por un prodigio, el en que estaba representada la historia de la aparicion de la estátua quedó del todo intacto. En memoria de esta feliz jornada, la iglesia de Nuestra Señora de la Espina hasta la época de la revolucion, hacia un presente á los descendientes del valeroso caballero que la habia salvado de la profanacion y del pillaje, cuyo don consistia en dos espadas benditas que aquellos recibian el dia de la Asuncion al pié del altar de la Vírgen.

Todos los años se hace una procesion selemne en esta iglesia; una multitud de niños de una complecsion delicada que han sido vestidos de blanco en honor de la Santísima Vírgen, asisten á ella el dia 15 de Agosto con un cirio en la mano: aquellos niños enfermizos se les llama los suplicantes de María. La ciencia habia dado contra ellos desde su entrada en el mundo un veredicto de muerte; pero las madres han apelado de él á la Vírgen y esperan, merced á su proteccion, conservar estas frágiles plantas que crecen á la sombra de su proteccion sagrada, y de la cual necesitan para aclimatarse sobre la tierra. Nada hay mas tierno é interesante que ver á estos angelitos vestidos de blanco y pálidos como las flores de sus coronas, arrodillarse á los piés de Maria, y repetir aun sin comprenderla, la oracion que se les ha enseñado pidiéndole su pobre ecsistencia, que es al mismo tiempo la de sus tristes madres.... Cuando las rosas de la salud aparecen sobre sus rostros infantiles, cuando, en fin, llegan ya á la edad de siete años, y van á dejar el hábito blanco de la Vírgen, con que gozo las madres consoladas los llevan á la misa de accion de gracias! cuántas oraciones emanadas del corazon se elevan entonces hácia María desde la tarima de aquel altar!

Ecsiste entre los vosgos una romería, donde entre las pobres mujeres del pueblo, se perpetúa una supersticion que reune á un tiempo á la energía cristiana la credulidad maternal. Hácia el año 1070, un religioso de Senones fabricó al borde de un torrente solitario una ermita y una capilla, en la cual se invocaba á Nuestra Señora de la Meix; esta romería cayó en desuso ó fué suprimida despues. Hoy la capilla se ha convertido en ruinas, y una cruz de piedra medio rota se levanta únicamente en medio de estos escombros; pero bajo de ellos hay unas bóvedas subterráneas y un altar de piedra informe, en donde aun van á depositar á los niños que la muerte ha herido al nacer, y que no han podido recibir la señal sagrada que debió hacerlos ángeles. "Apenas acostados sobre esta piedra, dice el montañes que sirve de guia al viajero en este subterráneo sombrío, sus ojos vuelven á abrirse, un ligero soplo se escapa de sus pequeños labios cerrados por la muerte, el agua del bautismo corre sobre su frente, y despues vuelven á dormirse para subir al cielo." Escavando un poco en derredor del altar de la Vírgen que resucita los niños para que puedan ir á Jesucristo, se encuentran los despojos de estas pobres flores humanas, marchitas por el soplo helado de la muerte en el primer albor de su mañana; la ternura ignorante, pero ecsaltada, que ha venido á pedir el milagro á María, los ha depositado bajo de su altar para que no los olvide.

Si la incredulidad se burla de esta supersticion del corazon, las almas tiernas y piadosas no verán en ella sino un motivo de dulce conmiseracion. Sin duda mas de una madre se ha engañado creyendo ver al calor de sus besos reanimarse los labios frios de su hijo para recibir el agua santa; pero aquel que se atreviera á pensar que María no tiene el poder de hacer, cuando le plazca, tan grandes milagros, seria, á no dudarlo, un atrevido mortal.

Los Pirineos, esas bellas montañas con su cabellera de alerces, cuyos senos contenian en otro tiempo tantas minas de oro, y donde las cascadas de agua iluminadas por el sol caen de una altura tan prodigiosa, y se desprenden de tal modo de su roca natal, que asemejan á una larga pieza de gasa de plata que se desenrolla en los aires; los Pirineos, en los que algunos sitios frescos y graciosos como el Eden antiguo, se han entristecido por los hundimientos de rocas gigantescas que ofrecen la imágen del caos, no se hallan por eso desprovistos de santuarios consagrados á María; el mas antiguo y famoso es el de Nuestra Señora de Heas, á donde acuden todos los habitantes de los valles del Bearn y del Bigorre. Entre los precipicios del Heas se ha levantado un altar, en un paraje en que el cabrero jamas se hubiera atrevido á suspender una ajupa para guarecerse de una tormenta; los romanos hubieran dedicado este altar al dios de la tempestad, los cristianos lo construyeron á Aquella que apacigua el viento y adormece las olas. El dia 8 de Setiembre, dia del nacimiento de María, y el 15 de Agosto, dia de su gloriosa muerte, se reune en Nuestra Señora de Heas una prodigiosa muchedumbre de los valles vecinos. Al volverse, cada peregrino desprende un fragmento de la roca bendita, que cual si fuese una reliquia, lleva con gran respeto á su cabaña.

Las romerías de las montañas son pintorescas,

pero tambien cuán tiernas son las de las costas! Qué hermoso es un santuario de María, que parece mostrar el cielo con la punta de su campanario, cuando se le descubre desde alta mar sobre un alto promontorio! El marinero que lo saluda con tristeza al abandonar la tierra en donde deja á su esposa y á sus hijos, lo señala con écstasis á su vuelta; este campanario le parece tan bello como la esperanza, y á las inquietudes que oprimen su corazon al tiempo de volver á ver á su familia que ha abandonado hace tantos meses, años tal vez, se mezcla no sé qué confianza religiosa que le hace creer que todo va bien, gracias á la proteccion de la *buena Vírgen*.... Y es que tal vez Nuestra Señora le habrá libertado del naufragio á él y á su tripulacion; y el primer cuidado de estas pobres gentes, al llegar á tierra, será ir descalzos, como en la edad media, á colgar en las paredes de la capilla marítima el *ex-voto* que le prometieran cuando el huracan rompia los mástiles y desgarraba las velas. *El vigia* de Dieppe, en su número de 3 de Octubre del año pasado, referia de este modo una de esas tiernas escenas que impresionan particularmente al pueblo á pesar de la impiedad de los tiempos. "Una ceremonia de un género verdaderamente patético ha tenido lugar ayer en la iglesia de Santiago. La tripulacion del *lugre el Otoño* que sufrió una violenta tempestad el dia 3 de Setiembre, lo creia todo perdido, cuando el maestro de pescas, Luis Courteur, tuvo el pensamiento de hacer un voto en nombre de todos sus compañeros á Nuestra Señora del Buen Socorro, patrona de los marineros. Apenas habia acabado de pronunciarlo, cuando un rayo del sol, hiriendo de repente la oscuridad que los rodeaba, les volvió la esperanza y reanimó su abatido aliento. Aquel voto es el que la gratitud de aquellas honradas gentes cumplian ayer en la capilla de Nuestra Señora del Buen Socorro. Todos los marineros de la tripulacion libertada del naufragio llegaron descalzos, con la cabeza descubierta y vestidos con su trage de mar, trayendo sobre sus robustas espaldas el *ex-voto* rodeado de banderillas azules, y acompañados ademas de sus parientes, amigos, y de una gran muchedumbre al santuario de Nuestra Señora: una alocucion llena de sensibilidad, les ha sido dirigida por el señor cura, quien despues de la misa ha cantado el *De profundis* por el capitan y los cuatro marineros que perecieron en medio de las olas."

Nuestra Señora de la Gracia es una de las capillas marítimas mas antiguas de Normandía: este santuario fué, segun hemos dicho ya, construido á virtud de un voto que en una gran tempestad hizo un duque normando, muy devoto de la Vírgen. El sitio de esta linda capilla rodeada de corpulentos árboles que nacen del medio de un césped esmaltado de flores, es tan bello y apacible como los frondosos y risueños paisajes de la magnífica provincia de que forma parte. Nuestra Señora de la Gracia viene á ser la fortaleza de Honfleur: desde la pequeña montaña que corona el templo, se descubre la embocadura del Sena, y mas lejos el Océano con sus grandes olas de un verde oscuro, que recibe en su seno las azuladas aguas del rio. Dos caminos conducen á esta capilla; el uno áspero y pedregoso, y el otro suave y llano. En otro tiempo, los habitantes de Honfleur se dedicaron con empeño á hacer fácil y accesible esta pendiente, cubriéndola de fina y menuda arena, á fin de que una graciosa princesa que se habia hecho amar en aquellas comarcas por su bondad generosa, pudiese subirla sin fatiga, al ir á ofrecer sus oraciones á la Santísima Vírgen. El huracan de las revoluciones arrebató á la noble dama del mismo modo que arrastra el viento á la hoja de la rosa; pero aun ecsiste el recuerdo de su caridad y benevolencia.

Un dia, no hace mucho tiempo, masas compactas de espectadores cubrian la pequeña esplanada de Nuestra Señora de la Gracia; acomodábanse á los lados de la roca, subian á los árboles, y todos los ojos fijos hácia el mar, parecian buscar con ansia un objeto esperado. El entusiasmo era grande, pero religioso, y aun tenia algo de triste: las oraciones subian al cielo, y las lágrimas rodaban de los ojos; un navío pasó bajo la altura del templo, un navío empavesado de negro con un ataud en el puente... El clero hizo descender sobre él sus oraciones; todo el pueblo lloraba!.... Aquel dia no hubo capilla alguna de Nuestra Señora, situada en las orillas del Sena, donde una multitud de fieles no rogase por el alma del grande emperador; y Nuestra Señora de la Gracia fué invocada con ardor por aquel ilustre náufrago de la fortuna, muerto sobre un escollo, donde ¡oh miseria humana! flameaba el pabellon de Inglaterra.

A una media legua de Pornie, pequeño puerto de mar á diez leguas de Nantes, sobre una altura que domina el Océano, se levanta pintorescamente el pueblo marítimo y la iglesia de Santa María; esta iglesia, cuyo campanario anuncia una antigüedad muy remota, y en cuyo estrecho cementerio se halla el sepulcro de un cruzado, se tiene en gran veneracion por los marineros bretones que vienen allí frecuentemente á cumplir sus votos. Cuando una embarcacion bretona llega á pasar á la vista de la iglesia de Santa María, los marineros se quitan el sombrero y rezan el *Ave María*. Ningun paisano de la costa entra al mar para bañarse, sin primero sumergir la mano en las olas santiguándose devotamente y volviendo al mismo tiempo la cabeza hácia el santuario protector: los pescadores acosados por las tempestades que sobre las costas son mas peligrosas que en alta mar, conservan la esperanza mientras pueden ver el campanario de la iglesia: *¡la Vírgen los ve!* Este pensamiento les impide desalentarse, y el valor es para ellos una prenda de salvacion.

Cuando las altas y furiosas olas del Atlántico, impulsadas por un viento impetuoso, se adelantan rugiendo sobre las playas arenosas de la Guyana, y se retiran de la orilla arrastrando las piedras con ronco y horroroso ruido, si aparece sobre el horizonte marino alguna barca que lucha con todos sus esfuerzos contra la tempestad, es á Nuestra Señora de Arcachon á quien acuden las mujeres, las madres, los hijos de los marineros de la antigua Aquitania, rogándole por aquel navío, que al llegar á la costa puede estrellarse y arrojar sobre la playa al cadáver de alguna persona que les sea muy querida. Esta capilla de María, en donde vienen á refugiarse nubes de gaviotas blancas que con sus agudos gritos anuncian la aprocsimacion de la tempestad, está situada en un lugar agreste y solitario, que animan algunos bosques de pinos con su cima piramidal. Ya sean los marineros ó ya algunas pobres mujeres alarmadas, llegan á él con los piés descalzos, y repasando entre los dedos de sus callosas manos las negras cuentas de su rosario. Los numerosos *ex-votos* colgados en las antiguas paredes, indican que mas de una oracion ha sido oida y atendida por la Vírgen Santísima.

Nuestra Señora de la Guardia, cuya capilla del siglo XIII está construida con piedra calcárea de un gris azulado, sobre la cima de una montaña desde donde se descubre el Mediterráneo con sus islas, su castillo de If y sus olas brillantes ó sombrías, recibe los últimos pensamientos y la última mirada del marino provenzal que se aleja de su patria. Allí es tambien donde se dirige cuando su buque vuelve al puerto despues de haber viajado en las lejanas regiones del Levante. No es, pues, estraño ver á las gentes de aquellas comarcas subir á la montaña de rodillas, para dar gracias á aquella á quien llaman con una familiaridad italiana *la buena madre de la Guardia*, por haberlos salvado de los peligros del mar, de la peste ó de la tempestad. La Madona de la Guardia no solo es buena y caritativa para los marineros, sino que tambien es el ángel tutelar de la ciudad de Marsella, que en todas sus calamidades se dirige á ella con piadosa confianza. Cuando el cólera que asolaba y despoblaba á la Francia, se manifestó sobre el suelo provenzal; la antigua ciudad de los focios se arrodilló, cual si fuese un solo hombre, delante de su muy amada protectora que no la desamparó. Así para testificar su reconocimiento, la ciudad de Marsella acaba de consagrarle una magnífica estátua de plata maciza, trabajada admirablemente. ¡Este es un acto digno de tal pueblo!

En la isla de Córcega, Nuestra Señora de Lavasina, sentada á la vista de las azules olas del Mediterráneo, envia á sus peregrinos, lo mismo que á los buques cuyas velas se pierden en el horizonte, el perfúme de sus naranjos, como una revelacion graciosa de su presencia. Este santuario dedicado á la Natividad de María, fué largo tiempo desconocido, y los pescadores de coral que frecuentaban aquella hermosa parte de la isla, eran los únicos que venian á orar en él, hasta que, á mediados del siglo XVII, la Madona de Córcega hizo algunos milagros, cuya fama se estendió por toda la Italia. Entonces fué cuando la fábrica de su iglesia tomó mayores proporciones y fué enriquecida y adornada. Un gran concurso de fieles insulares se veia llegado el dia de la funcion titular, todos descalzos y con un cirio en la mano; costumbre que aun hoy se practica con la misma devocion que antes. El cuadro que adorna esta iglesia, obra de un pintor italiano, representa á María todavía niña, y á quien Santa Ana deja caer graciosamente un velo diáfano sobre la cabeza.

El orígen de la célebre romería de Nuestra Señora de las Ermitas, la Loreto de la Helvecia, se remonta hasta los tiempos heróicos de Carlo-Magno. El santo que habitó primeramente en la ermita de Einsielden era un jóven señor de Suabia, llamado Meinrad, y perteciente á la ilustre familia de los condes de Hohenzollern. Dotado de aquel genio metitabundo que forma todavía el principal distintivo del carácter germánico, Meinrad, todavía en la adolescencia, se complacia en internarse en los espesos bosques que cubrian entonces el suelo de su patria, para ir á pensar á solas en Dios al rumor de las fuentes que brotan bajo la sombra de las viejas encinas. Sorprendíale con frecuencia la noche leyendo con atencion las Santas Escrituras en un antiguo libro con manecillas de oro que habia heredado de sus padres, ó meditando profundamente sobre los milagros y beneficios de la Vírgen Santa. Su alma se inflamó en la soledad, y despreciando al mundo y sus falsos bienes, Meinrad emitió sus votos en la abadía de Reicheneau que dejó en seguida para fijarse en una pequeña ermita construida sobre la cumbre del monte Etzel. Allí pasó siete años; pero la fama de sus virtudes descendió al fondo de los valles: los pastores y los leñadores acudieron á él, y en seguida los señores y las nobles damas, para solicitar humildemente sus oraciones y sus consejos. Estos homenajes eran un tormento para el jóven ermitaño, que no anhelaba otra cosa que la oracion contemplativa y la paz de la soledad; así pues, una noche dejó furtivamente su ermita llevándose por toda riqueza la estátua de la Santa Vírgen, único adorno de su capilla, y se refugió en un bosque del canton de Schwytz que lleva el característico nombre de *Selva oscura*.

Treinta y dos años despues, Meinrad fué asesinado por unos malvados, con quienes habia partido el agua de su fuente y los frutos silvestres de su soledad; las aves del cielo persiguieron á los asesinos que sufrieron el castigo debido á su enorme crimen (1).

Despues de la trágica muerte de Meinrad, su celdita, donde se obraban muchos milagros, quedó inhabitada por el espacio de casi medio siglo, al cabo del cual una pequeña sociedad de ermitaños vino á establecerse allí bajo la guia de San Bennon, de la casa ducal de Borgoña. De aquí tomó el nombre de Nuestra Señora de los Ermitaños. San Everardo consagró sus bienes que eran considerables á hacer construir en este paraje un monasterio, del que fué el primer abad.

La capilla de la Santísima Vírgen, tal como era en tiempo de San Bennon, fué comprendida en la vasta iglesia del convento, de la que formó el coro la celdita de Meinrad. Los franceses destruyeron esta capilla que habia resistido los furiosos ataques

1 Los asesinos fueron vendidos por dos cuervos que los siguieron sin cesar hasta Zurich; se abrieron paso al través de las ventanas de la hospedería en donde los asesinos habian entrado, y no los abandonaron sino despues de haber sido testigos de su suplicio. Es en memoria de este acontecimiento que la abadía de Reichenau, tiene dos cuervos en sus armas.

del protestantismo; pero Dios permitió que se salvase oportunamente la estátua milagrosa de la Vírgen, la cual fué colocada otra vez en la iglesia de Einsielden en el año 1803 con mucha solemnidad, y en 1817 el templo recobró una parte de su magnificencia, gracias al concurso de los artistas mas distinguidos y á las abundantes limosnas de los fieles.

El monasterio de Einsielden no se levanta ya bajo un cielo benigno; su campanario, cubierto de nieve una buena parte del año, se delinea sobre nubes sombrías que anuncian dilatadas escarchas, á su pié se estiende una tierra estéril en la que difícilmente llegan á sazonar algunas miserables cosechas, encuéntranse pocas y desabridas frutas, y los campos no tienen mas adorno que el de la linda flor de la patata semejante á la lila. Pero allí Nuestra Señora se complace en manifestar su poder, y el camino pedregoso de la montaña santificada se ve con frecuencia salpicado por la sangre mas noble de la Germania, porque mas de un conde del Imperio, mas de una noble dama de Alemania, se hacen un deber de subir descalzos á Einsielden; queda aun un poco de antiguo fervor de los valientes caballeros de Federico en la antigua Alemania. En cuanto á las poblaciones católicas de la Helvecia, nada iguala á su confianza en Nuestra Señora de los Ermitaños, y hasta en los cantones mas distantes ecsisten muy pocas familias que se dispensen de esa antigua romería.

El primer objeto, cosa que llama la atencion en la hermosa iglesia de Einsielden, dice un viajero frances que la visitaba en 1839, es la capilla milagrosa en la cual está espuesta la modesta imágen de la Vírgen. Decíase allí la misa; y una gran multitud de fieles, hombres, mujeres y niños de todas clases y edades asistian al santo sacrificio, esperando con fervor llegase el momento de la comunion; otros se agolpaban en torno de los confesonarios; otros despues de haber comulgado oían en las capillas laterales la misa de gracia. Casi todos los cantones de la Suiza tenian allí algunos representantes. Veíanse las faldellines de Fribourg, la enagua corta de Guggisberg, el corsé adornado de agujetas de plata y el boton guarnecido de blonda negra de las mujeres de Berna; los moños blancos de Schwytz el collar de terciopelo de Schaffouse y la gorrita del Valois. En un grupo, del cual los demas peregrinos se apartaban con cierto aire de respeto, reconocemos las cintas, los schales y el porte elegante de las hijas de la Francia, Los hombres menos numerosos y vestidos con mas uniformidad, descubrian tambien su orígen por ciertas diversidades de fisonomías. Podíanse reconocer, fácilmente á los franceses, alemanes, é italianos; pero la veneracion y el fervor eran iguales en todos ellos.

En una visita de devocion á la abadía de Einsielden, la hermosa reina Hortencia depositó sobre el altar de la célebre Madona Suiza un soberbio ramo de *hortensias*, hecho con gruesos diamantes. Aquella ofrenda era para resguardar la vida de un hijo, que habiendo venido al mundo al estruendo del cañon de Wagran, debió ser un dia la mas bella esperanza de la Francia. Volúmenes enteros se escribieron en Suiza sobre los milagros de la Vírgen de Einsielden; entre todas esas narraciones maravillosas, solo hablaremos de una leyenda fantástica del siglo XVII que hemos encontrado en un libro bastante raro, impreso en Fribourg. Los suizos creen piadosamente en la autenticidad de esta estraña historia; los franceses pueden muy bien dispensarse de ello.

En una de aquellas inmensas salas de la edad media, cuyas paredes estaban adornadas con pinturas al fresco del género mas deforme, y alrededor de las cuales se veian esos bancos de piedra que solo se encuentran en los antiguos castillos feudales de Alemania, hallábanse reunidos varios gentiles-hombres que hacian circular el vino del Rhin en anchas copas. En lo mas animado del festin tudesco, y mientras que un jóven oficial decia mil estravagancias, introdujeron en la sala á un peregrino, que solo y descalzo se dirigia hácia Nuestra Señora de los Ermitas, y á quien la procsimidad de una tempestad que hacia ya oir gemir sus sordos mugidos en los altos pinos de una selva vecina, obligaba á pedir hospitalidad. El señor del castillo se levantó de su asiento y condujo cortesmente á su nuevo huésped cerca de una vasta chimenea gótica, en la cual ardian robles casi enteros. Luego que hubo llenado este deber, Bertholdo, que así se llamaba el oficial, sin respeto á la austera presencia del viajero, siguió su insensata é impía conversacion, dirigiendo de cuando en cuando una mirada al soslayo al peregrino para conocer el efecto que producian en él sus audaces y ofensivas palabras; pero el rostro pálido y enflaquecido del santo hombre conservaba la inmobilidad del mármol. Concluido el festin, los convidados pidieron sus caballos para volver cada uno á su casa. "La noche está muy oscura, dijo el castellano al jóven incrédulo que tenia el honor de pertenecer á su familia; tú tienes que pasar por un desfiladero frecuentado por los espíritus errantes que corren el mundo durante las tinieblas para hacer el mal.... Temo que vayas á tener algun desgraciado encuentro; creeme, quédate.

—Bah! respondió el jóven oficial que estaba al servicio de la Francia, yo no temo ni á Dios ni al diablo.

—Estais bien seguro de ello? dijo el peregrino con tono sombrío de burla que hizo estremecer á los demas.

—Tan seguro, honrado peregrino, que bebo á la salud de Lucifer, y le ruego me sirva de escolta, si está en disposicion de prestarme este servicio.

—Bien lo merecerias, respondió, poniéndose pálido el señor del castillo.

—Rogaremos por vos á Nuestra Señora, dijo el viajero, porque veo necesitareis de ello.

—Os dispenso de este trabajo, respondió Bertholdo, haciendo un saludo burlesco al peregrino. Algunos minutos despues se encontraba ya sobre su caballo, y talareando una cancion báquica, mientras descendia por la vertiente de la montaña que coronaba el castillo feudal.

La hora era ya muy avanzada, el silencio profundo y la soledad completa; la luna llena y solitaria brillaba de vez en cuando entre gruesos nubarrones negros, sobre un cielo sin estrellas, y en el que los relámpagos surcaban de un estremo á otro. Fuera cual fuese el motivo, el jóven militar dejó de cantar, pero sí continuaba en sus imprecaciones. Llega, en fin, al paraje peligroso que habia indicado su pariente, y que llevaba el nombre bastante comun en Helvetia de *Camino del Diablo*. Era una garganta profunda, abierta entre las paredes rojizas de dos montañas; un lugar siniestro por el que el cabrero de los Alpes no se hubiera atrevido fácilmente á atravesar en la mitad del dia. En aquella hora avanzada en que el silencio y la oscuridad hacen temibles las supersticiones, el jóven suizo, inquieto á cada momento, llevaba maquinalmente la mano á la espada; despues, reprochándose este temor, se reía él mismo de su cobardía. "He conjurado solemnemente á Lucifer para que me sirviese de porta-antorcha, dijo el incrédulo, queriendo dar á su orgullo la satisfaccion de un falso valor; pero se hace el sordo.... ó el infierno está vacío."

El trueno resonó entonces á lo lejos, y un dilatado relámpago, iluminando los bosques y las montañas, le hizo ver dos horrorosos enanos que se hallaban delante de su caballo. "Ah!" gritó el oficial sintiéndose palidecer; poco despues, recobrando toda su insolencia: "¡Lejos de aquí, canalla del infierno! esclamó agitando fuertemente su espada; ¡dos miserables *bergmaennlein* [enanos]! solo podrán espantar á un vaquero de los Alpes!"

Desaparecieron los enanos, y el galope de dos caballos que con la celeridad del viento bajaban al declive casi vertical de la montaña, hizo voltear vivamente la cabeza á Bertholdo. Eran dos caballeros cubiertos de armas negras y montados sobre dos caballos del mismo color. Sus ojos brillaban como carbones hechos ascuas al traves de sus viseras bajadas; en su brazo estaba atada con una cadenilla de acero pulido, el *morgenstern* de la antigua Alemania, una maza de combate guarnecida de grandes puas de hierro, y que parecian rojas de sangre humana; mientras que unas llamas de fuegos fátuos jugueteaban á manera de garzotas sobre sus negros cascos.

Los sombríos caballeros se colocaron en silencio á los lados del pálido oficial; arrebataron las riendas de sus trémulas manos, y los tres caballos partieron con la agilidad del viento; las montañas desaparecian unas tras otras; chispas de lumbre saltaban de las piedras, la distancia apenas se percibia, cuando ya estaba devorada. Los frágiles puentes de ramas bajo de los cuales rugian las cataratas, y donde el atrevido cazador de gamos apenas se atreve á poner los piés, los atravesaban con pasmosa celeridad. Llegaron así á las regiones de las nieves perpétuas, y los caballos, redoblando su furia, se dirigieron hácia un abismo en el fondo del cual rodaba, á una profundidad vertiginosa, un torrente cuyo ruido apenas era perceptible. De repente, de en medio de estas tenebrosas aguas enrojecidas por fuegos subterráneos que se dejaban ver de cuando en cuando, una multitud de voces huecas y roncas se hicieron oir: "Venganza! venganza! gritaban; que se nos entregue al seductor, al falso amigo, al duelista!

—Os lo traemos ya! respondieron los caballeros agitando sus pesadas mazas de combate.

Un sudor helado corria por la frente de Bertholdo; sus cabellos se erizaban de espanto, y sus facciones estaban contraidas por el calofrio del horror; porque entre estas voces acusadoras habia acentos que le eran muy conocidos, voces que le llegaban á el alma; el remordimiento comenzaba á hablarle mas alto que el temor.

—Venga con nosotros el jugador desenfrenado, el maldiciente, el perjuro, el blasfemo! gritaron las voces del abismo.

Los tenebrosos guias de Bertholdo, riéndose dentro de sus cóncavos cascos con risa estridente, metálica, que hacia estremecer, respondieron á las voces del abismo: "Aquí lo traemos!"

—A nosotros el impío!

—Lo traemos! gritaron otra vez los caballeros negros.

Bertholdo pensó perder el espíritu por el pavor.

Ya los tres viajeros tocaban el estremo de una roca tajada, bajo de la cual se abria el abismo de donde tan imperiosamente reclamaban al gentilhombre helvético; un segundo mas y era perdido! Pero he aquí que de repente los dos caballeros se detienen en medio de su furioso galope, y quedan inmóviles como dos estátuas ecuestres de mármol negro. El ligero sonido de una campana venia á morir sobre la helada roca: era el oficio de media noche que tocaban en Nuestra Señora de Einsielden. Bertholdo comprendió en ese instante que la influencia de María habia paralizado el terrible poder que lo arrastraba á los infiernos, y santiguándose con precipitacion, se encomendó ardientemente y con sinceridad á la Madona protectora, que así parecia intervenir entre él y el castigo ejemplar que compungido confesaba haber merecido. Cesó el tañido de la campana, y el jóven oficial sintió una horrible opresion de corazon viendo á los dos caballeros agitarse violentamente sobre sus negros corceles: mas la voz del arrepentimiento habia llegado hasta el trono estrellado de María, y las fantasmas, despues de hacer un ademan de despecho y de rabia se precipitaron en el abismo, dejando á Bertholdo en el borde de él. La luna desempañada de las nubes que poco ha la cubrian, brilló como una lámpara de oro en lo alto de la bóveda del firmamento, alumbrando magníficamente el paisaje: el oficial advirtió con indecible sorpresa, que se hallaba sobre una de las mayores alturas del Rigi, de donde tuvo mil trabajos para descender. Algunos dias despues, el jóven señor con asombro de sus compañeros de placeres, se dirigia descalzo á Nuestra Señora de las Ermitas, y hacia voto, en expiacion de sus orgías, de que ninguna otra bebida pasaria por sus labios que no fuese el agua pura de las fuentes.

En un rincon ignorado en el canton de Un-